

Conjura del pasado

Mary Jane Clark



Traducción de Rebeca Rueda Salaices



PANDORA

Libros publicados de Mary Jane Clark

LA SOCIEDAD DEL AMANECER DEL SUSPENSE

1. Cuando rompe el día
2. Expuesta
3. Conjura del pasado

Título original: *Dying for Mercy*
Primera edición

© Mary Jane Clark, 2009

Diseño de colección: Alonso Esteban y Dinamic Duo

Derechos exclusivos de la edición en español:

© 2011, La Factoría de Ideas. C/Pico Mulhacén, 24. Pol. Industrial «El Alquitón».
28500 Arganda del Rey. Madrid. Teléfono: 91 870 45 85

© Pandora Romántica es un sello de La Factoría de Ideas

informacion@lafactoriadeideas.es
www.lafactoriadeideas.es

ISBN: 978-84-9800-683-4 Depósito Legal: B-22914-2011

Impreso por Blackprint CPI

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar, escanear o hacer copias digitales de algún fragmento de esta obra. 6

Una vez más, para Elizabeth y David. Y para Steve Simring, que me ayudó a resolver mi propio rompecabezas.

Prólogo



Dentro de unas horas...

La luz de la luna se derramaba desde el cristal del tejado. El hombre arrastró una gran maceta de barro que había en la esquina de la habitación y se sentó en el frío suelo, junto a ella. Luego, se quitó los zapatos y los calcetines.

Para una mayor precisión en las heridas debería utilizar unos clavos gruesos y una lanza, ¿pero cómo haría para atravesarse las manos con los clavos o clavarse la lanza en su propio costado? Tendría que arreglárselas con el cuchillo de caza.

Primero cogió el cuchillo con la mano derecha y dobló las rodillas para acercar los pies lo máximo posible al cuerpo. Se inclinó hacia delante y colocó la punta del arma sobre el pie. Cerró los ojos y empujó.

Dejó escapar un largo gemido mientras sacaba el cuchillo. A continuación, hizo lo mismo en el otro pie. Intentó aislar su mente del dolor desgarrador que sentía y concentrarse en todo lo bueno que conseguiría con aquello.

Giró la mano izquierda hacia arriba y la apoyó contra el suelo para que no le temblara. Clavó el cuchillo justo en medio de la línea de la vida.

Tenía que actuar con rapidez porque no sabía cuánto tardaría en desangrarse o perder el conocimiento. Cambió el cuchillo de mano, puso el dorso sobre el suelo y se clavó la hoja en la otra palma. Ahora solo quedaba una cosa por hacer.

Domingo, 4 de octubre



—Estás muy guapa, mami.

Eliza contemplaba frente al espejo el reflejo de la niña que estaba a su lado, en medio del cuarto de baño. Janie vestía el uniforme de jugar al fútbol. Llevaba uno de los calcetines enrollados en el delgado tobillo, las dos rodillas manchadas de barro y había más mechones de pelo castaño libres que recogidos en la cola de caballo. Aún tenía las mejillas algo coloradas tras correr por el campo del colegio. Eliza se dio media vuelta, se inclinó y besó a su hija de siete años en la cabeza.

—Gracias, cariño. —Se contuvo para no coger a la niña entre sus brazos y apretarla contra su pecho. Era un impulso bastante habitual: sentía la necesidad de aferrarse a Janie y no soltarla. Habían pasado ya casi tres meses desde el secuestro, pero todavía se despertaba angustiada en mitad de la noche. Estuvo a punto de perder a su única hija, cuyo padre había muerto trágicamente antes de que naciera. Aquella cría era el centro en torno al cual giraba todo en su vida.

—Quiero ir contigo —dijo Janie.

—Ojalá pudieras, cariño, pero es una fiesta para mayores. No habrá niños.

—Pero Valentina e Innis querrían que fuera —insistió Janie con las manos en las caderas—. Les caigo bien. Cuando fuimos a su casa el otro día, dijeron que podía volver cuando quisiera.

Eliza se volvió hacia el espejo y cogió el rímel.

—Ya lo sé. Y volveremos a visitarlos. ¿Recuerdas lo que te conté sobre la casita que hemos alquilado cerca de los Wheelock? Iremos la semana que viene y estoy segura de que veremos a Valentina e Innis cuando pasemos allí los fines de semana.

El rostro de la niña se iluminó.

—¿Y entraremos en la casa de los pájaros?

—Se llama aviario, Janie, y quizá, ya veremos.

—¿Sabes? Tienen un pájaro que habla.

—¿Un loro?

—Ajá, Innis me lo enseñó. Y dice qué cosas le gustan.

—¿Ah, sí? —preguntó Eliza mientras se aplicaba el brillo de labios.

—Sí. Dice «bebedero», «higo» y «bola». Le gustan los higos.

—Pues me lo tendrás que enseñar.

Más conforme, Janie siguió a su madre hasta el dormitorio, se acercó al armario y sacó el joyero de la caja fuerte incrustada en la pared.

—¿Qué me pongo? —preguntó la periodista mientras se sentaban la una junto a la otra sobre la cama—. ¿Las perlas o los granates?

Janie meditó con detenimiento antes de contestar:

—Las piedras rojas oscuras —dijo con determinación—. Son del color de tu vestido.

—Buena elección —dijo Eliza colocándose los pendientes. Se incorporó, se puso los zapatos de tacón y se echó un último vistazo en el espejo.

—¿Qué clase de fiesta es, mami? —preguntó la niña mientras salían del dormitorio y bajaban las escaleras—. ¿Es una fiesta de cumpleaños?

—No exactamente —contestó Eliza—. Celebran el día de San Francisco de Asís.

—¿Le has comprado un regalo?

Eliza rió.

—No, cariño, él no estará allí. San Francisco murió hace mucho tiempo.

—¿Y por qué le hacen una fiesta?

—Valentina e Innis quieren honrar su espíritu. San Francisco fue un hombre muy bueno, un santo que ayudó a muchas personas y animales. Es el patrón de Italia y cuando Valentina e Innis vivieron allí, se hicieron muy devotos.

—¿Y también le dedicaban fiestas cuando aún estaba vivo? —preguntó Janie.

—No lo creo —dijo Eliza—. Predicaba la contrición, no creo que fuera muy dado a ir de fiesta.

—Pues vaya... —dijo la niña.

—Dudo mucho que él lo lamentara, Janie. Le gustaban la naturaleza y los animales, y quería que las personas que lo seguían vivieran vidas sencillas y cuidaran de los demás. Supongo que san Francisco consideraría las fiestas como una frivolidad.

Janie ladeó la cabeza.

—¿Qué significa «frivolidad»? —preguntó.

—Una tontería, algo que carece de importancia.

Janie meditó la respuesta.

—No me parece que una fiesta de cumpleaños sea una tontería. Yo creo que es muy importante.

—Claro que sí —dijo Eliza—, pero conforme te haces mayor, las fiestas de cumpleaños, aunque te cueste creerlo, te hacen menos ilusión. Además, seguro

que san Francisco prefería gastar el dinero de una fiesta en dar de comer a los pobres.

Mientras la niña pensaba en esto último, Eliza miró por la ventana del cuarto de estar y vio que un coche pasaba lentamente por delante de la casa. Desde el secuestro, su hogar se había convertido en una atracción turística. Los mirones se retorcían en sus asientos, en un intento por ver a la famosa madre y a la niña que fueron durante un tiempo el centro de atención de todo el país.

Detestaba la pérdida de intimidad. La plantación de arbustos más altos en el perímetro frontal de la casa las ocultaría de las miradas curiosas, pero sabía que los coches seguirían pasando.

Decidió contratar los servicios de una empresa de seguridad y le reconfortaba ver el coche aparcado fuera. El guarda sentado en su interior iba armado, pero además la policía local patrullaba su calle con más frecuencia.

Aun así, Eliza sabía que nada de lo que hiciera, podía garantizarle con total seguridad que no le ocurriera nada a su hija. Tenía que hacerse a la idea e intentar no pensar demasiado en ello.

—Carmen —dijo al ver que llegaba su coche—, me marcho.

La asistenta salió de la cocina y rodeó con un brazo los hombros de Janie. En silencio, Eliza volvió a dar gracias a Dios de que Carmen también sobreviviera al secuestro. Que el FBI las encontrara a las dos a tiempo fue un verdadero milagro.

—Lo vamos a pasar genial mientras mami está fuera, ¿verdad, *mija*? —dijo Carmen—. Creo que prepararemos unos *brownies*.

—No volveré muy tarde —anunció Eliza mientras se dirigía hacia la puerta.

Janie extendió el brazo y tiró del vestido de su madre.

—¿Qué, Janie?, ¿qué pasa, cariño? —preguntó, temiendo que quizá hubiera cometido un error aceptando la invitación. Valentina Wheelock había insistido mucho en que acudiera a la fiesta y la casa de los Wheelock en Tuxedo Park estaba a solo veinte minutos de Ho-Ho-Kus. Ahora, al mirar a su hija que seguía asiendo la tela roja de su vestido, no estaba segura de haber tomado la decisión correcta—. ¿Qué ocurre, Janie? —volvió a preguntar mientras se inclinaba para mirar directamente a su hija a los ojos.

—¿Qué significa «contrición»?

—¿Qué? —preguntó Eliza.

—Has dicho que san Francisco predicaba la contrición —dijo Janie—. ¿Qué es?

—Significa arrepentirse de las cosas que has hecho —respondió aliviada de que la preocupación de Janie se limitara a eso.

—¿De qué cosas? —preguntó la niña.

—De los pecados —contestó Eliza—. De las cosas malas que nadie debería hacer.



Todo tenía que ser perfecto esa noche.

Innis Wheelock bajó por la escalera en espiral de mármol que conectaba los niveles superiores de la mansión con la planta baja. En el comedor, los encargados del cáterin trabajaban para que todo estuviera listo para la fiesta. La enorme mesa sostenida por caballetes, donde aquella noche se expondría el variado bufé, estaba adornada por centros de mesa con orquídeas del invernadero y jalonada por calientaplatos de brillo argentado. Desde allí, Innis se encaminó hacia la larga galería abovedada que llevaba hasta un amplio salón. Se acercó a la chimenea profusamente adornada y frotó las manos contra la pulida superficie de madera de la estantería que estaba justo encima, mientras admiraba los grabados realizados por un experto artesano. De su parte frontal sobresalían cuatro bloques labrados a mano, cada uno con una letra inscrita en su superficie. Juntos formaban la palabra «Roma». Un homenaje a la ciudad que tanto amaba.

Innis se derrumbó sobre uno de los sillones y miró a su alrededor mientras pensaba en todo lo que le había conducido hasta el acontecimiento que tendría lugar aquella noche: los meses de meticuloso diseño, los viajes a Italia para comprar, la cuidada selección de los elementos arquitectónicos que deberían enviar luego a Estados Unidos en gigantescos contenedores de madera y metal... Innis había ideado, planificado y finalmente unido todos los elementos que acabarían dando forma a su puzle final.

Para realizar la reforma había necesitado la ayuda profesional de un arquitecto, y el trabajo de carpinteros, albañiles, fontaneros, electricistas y paisajistas. Pero Innis lo coordinó todo y el resultado hacía que aquel esfuerzo mereciera la pena. Pentimento era un hogar hermoso y único, con todas las comodidades modernas, pero imbuido del encanto y carácter del Viejo Mundo.

La casa no siempre se llamó Pentimento. Cuando Valentina vivió allí de niña, todos en la zona la conocían como la residencia del Abbate. Y cuando Innis le dijo cómo quería llamar a su recién reformado hogar, ella no lo entendió.

—Pero *pentimento* significa «alteración de un cuadro», ¿no? Te permite ver los trazos originales del artista y cómo cambió de idea sobre la composición durante el proceso artístico. ¿Qué tiene eso que ver con nuestra casa? —le preguntó.

—He cambiado de idea sobre la composición de mi vida, cariño —le contestó él—. Quiero alterarla. El trabajo que he hecho en nuestro hogar es el comienzo.

Valentina se encogió de hombros y no hizo más comentarios, ni lo presionó para que le contara más detalles. Supuso que su mujer pensó que era más fácil y más seguro no insistir en el tema. Tras treinta y cinco años de matrimonio y una carrera política que Innis había apoyado y dirigido, Valentina parecía satisfecha con su vida. No le interesaba remover el pasado ni cambiar nada, salvo, quizá, a los escandalosos pájaros del aviario que su marido se empeñó en construir.

La idea del aviario, como de casi todo lo que Innis pensó para *Pentimento*, se la inspiró san Francisco. Mientras estudiaba los enormes frescos de Giotto sobre la vida del santo en las paredes de la basílica de Asís, Innis quedó fascinado por una imagen de san Francisco en la que aparecía predicando a los pájaros que llenaban los árboles a ambos lados de un camino italiano. Atraídos por el poder de su voz, las aves lo habían rodeado y parecían escucharlo con gran atención, mientras el santo les recordaba que Dios les había dado todo: los ríos y las fuentes donde aplacar su sed, los grandes árboles donde construir sus nidos, las montañas y los valles donde resguardarse... Por eso, siempre debían alabarlos.

Innis se preguntó si el episodio de los pájaros sucedió realmente o si era solo parte del folclore local. En cualquier caso, fue mientras estudiaba el fresco cuando decidió lo que iba a hacer.

Sabía que hasta aquel momento nunca había hecho nada que agradara a Dios. De hecho, era consciente de que muchas de sus acciones eran condenables. Tenía que expiar sus pecados, dentro de lo posible, y subsanar sus errores. Además quería estar seguro de que se haría justicia.

Pentimento procede de *pentire*, que en italiano significa «arrepentirse». Esta noche comenzaría el arrepentimiento. Pero primero tenía que ocultar la cámara de vídeo, la pieza final del rompecabezas.



Cuando el sol se puso tras las montañas Ramapo, el hombre que estaba dentro de la caseta de piedra se inclinó hacia delante para mirar a través de la ventanilla del coche. Estiró el cuello para ver mejor al pasajero que viajaba en al asiento de atrás.

—Eliza Blake es una invitada de los Wheelock —dijo el conductor.

El guardia de seguridad se esforzó por parecer indiferente.

Incluso con la escasa luz del anochecer era perfectamente reconocible. Los grandes ojos azules, la nariz recta, la oscura media melena... Se estremeció cuando ella le sonrió; aquella era la misma sonrisa que tantas veces le había saludado desde su televisor.

—Buenas noches —dijo.

—Buenas noches, señora —respondió. Le hubiera gustado decir algo más, pero se contuvo. Le habría gustado decirle a Eliza Blake que era un gran fan, que creía que era la mejor de todas las presentadoras de las mañanas, que le agradecía que le hiciera compañía, que estuviera con él mientras se tomaba el primer café. Pero aquel no era el momento para mantener ese tipo de conversación con una invitada. Cuando lo contrataron, le dejaron muy claro que su trabajo era mantener a todo aquel que no viviera en Tuxedo Park fuera de Tuxedo Park. Tenía que comportarse como un profesional, ser educado y jamás relacionarse o contactar con las personas a las que debía proteger.

Consultó el plano, indicó al conductor hacia dónde debía ir, accionó el mecanismo que subía la barrera y observó el coche que pasaba por delante de la gran caseta y de la torre de piedra que franqueaban la carretera. Después lo contempló alejarse colina arriba.



Cuando Innis hubo terminado, encontró a su mujer a los pies de la gran escalera. Parecía aliviada de verlo.

—¿Dónde te habías metido? —preguntó—. Te he buscado por todas partes, Innis. Los invitados llegarán en cualquier momento.

—Tenía que ocuparme de un último detalle —dijo Innis—. Esta noche todo va a ser perfecto. Todo está saliendo según lo planeado.

Valentina ajustó la corbata a su marido.

—Parece que hablaras de una campaña electoral y no de una fiesta —dijo.

Él la miró, estudiándola, intentando grabar para siempre en su memoria todos los detalles de su rostro.

—¿Qué sucede, Innis? ¿Por qué me miras así? ¿Tengo los dientes manchados de pintalabios?

—No, cariño mío, no pasa nada. Estás guapísima y muy elegante con ese vestido de terciopelo negro. Solo pensaba en el largo viaje que hemos recorrido juntos y en lo afortunado que he sido al casarme con una mujer como tú.

—No todo ha sido un camino de rosas —dijo Valentina—. También hemos tenido nuestros malos momentos.

—Sí, ya lo sé.

Valentina se dio la vuelta.

—¿Me subes lo que queda de cremallera, por favor?

Al ver la suave y blanca piel de su cuello, tragó saliva. La iba a dejar sola e indefensa, pero estaba decidido.

—He intentado protegerte, Valentina —susurró—, pero hay ciertos asuntos que hay que afrontar, antes o después.

Valentina se giró para verlo.

—Creía que habíamos acordado no volver a hablar de eso.

—¿Que no hablemos de qué? —preguntó Innis—. ¿De qué asunto no quieres hablar? Porque hay varios. Y otros de los que ni siquiera sabes nada.

—Oye, este no es el momento —dijo mientras se atusaba el rubio cabello—. Esperamos a casi un centenar de invitados. No comencemos la velada con otra pelea.



Eliza se reclinó en su asiento y contempló por la ventana los oscuros bosques que rodeaban la sinuosa carretera. Se maravilló ante la idea de que aquel camino se hubiera dispuesto colina arriba y entre un espeso bosque virgen sin la ayuda de electricidad o de potente maquinaria. Sin trazar la ruta en un modelo informático, y sin que camiones gigantes transportaran los materiales de construcción.

Cientos de hectáreas de terreno inhóspito, con enormes rocas graníticas y suelo pedregoso, se vieron transformadas por la visión y la voluntad del gran heredero de la industria del tabaco, Pierre Lorillard. Lo que comenzó como un coto de caza y pesca a tan solo sesenta kilómetros al noroeste de Nueva York, quedó transformado en un exclusivo enclave para la élite estadounidense del siglo XIX.

Los arquitectos de mayor renombre de la época diseñaron impresionantes casitas de campo, cocheras para los carruajes, casas de baño y jardines pensados para disfrutar de las espléndidas montañas y las gloriosas vistas de los tres lagos. Tuxedo Park figuraba en el Registro Nacional de Lugares Históricos y conforme las antiguas mansiones apartadas de la carretera aparecieron a la vista, Eliza se enorgulleció del paisaje que ofrecían. Las casas eran obras de arte y debían conservarse. Representaban una época única en la historia de Estados Unidos, un tiempo en el que se amasaron vastas fortunas mientras el país galopaba hacia la revolución industrial. Las imponentes estructuras se levantaron con la mano de obra barata de una población inmigrante que entraba a raudales procedente de Europa. En su mantenimiento también se empleaba al mismo personal, aprovechando que el dinero todavía no se veía mermado por el pago de impuestos sobre la renta.

Durante aquellos años, si eras uno de los afortunados, la vida era perfecta. Después, el gobierno introdujo el impuesto sobre la renta. Luego llegaron los felices años veinte, seguidos por una década de depresión económica. Los residentes cuyos negocios sufrieron con la crisis tuvieron que dejar sus casas en

Tuxedo Park, pero durante la Gran Depresión y la segunda guerra mundial era difícil encontrar compradores para las grandes casas, aunque los precios fueran una ganga. Con muchos hombres y mujeres jóvenes sirviendo en las fuerzas armadas o empleados en las fábricas, no había suficiente personal para ocuparse de su mantenimiento y las mansiones se hicieron inhabitables. El declive de la zona se prolongó durante varias décadas. Algunas casas fueron abandonadas, otras ardieron hasta los cimientos, unas pocas lograron sobrevivir a duras penas porque sus dueños habitaban solo unas habitaciones mientras intentaban salir adelante viviendo de los fondos fiduciarios. Por fin, a finales del siglo xx, con una economía en expansión y el resurgimiento de increíbles fortunas procedentes de la industria, los deportes y el entretenimiento, las grandes casas se pusieron de moda otra vez.

Tuxedo Park seguía siendo un mundo privilegiado y protegido donde sus residentes no cerraban la puerta de casa ni se preocupaban si dejaban la llave del coche puesta. Vigilados por el propio Departamento de Policía del lugar, los niños de Tuxedo Park corrían libres y sus padres se sentían seguros. No había obligación de llevar a los perros atados. Y hasta hace poco, las casas ni siquiera tenían números. Se hablaba de las mansiones llamándolas por el apellido de la familia o por el nombre que le dieron sus dueños originales.

Antes de la primera entrevista que Eliza le hizo a Valentina, descubrió que fue allí, en Tuxedo Park, donde Valentina Abbate e Innis Wheelock crecieron y fueron juntos al colegio. Fue allí donde se casaron, en la villa de estilo italiano de los Abbate, situada en la ladera de la colina que se eleva sobre Tuxedo Park. Y ahora habían regresado tras su paso por la casa del gobernador en Albany y la residencia del embajador de Estados Unidos en Roma.

En la luz crepuscular, un ciervo apareció de repente en la carretera y obligó al conductor a dar un frenazo que sacó a Eliza de su ensueño. Recuperó el aliento cuando vio a la gran hembra dejar la vía para desaparecer entre la vegetación.

—Menos mal que no atropellaste a esa preciosidad, Charlie —dijo Eliza—. Habría sido un modo horrible de empezar la noche.



Los invitados a la fiesta iban llegando y Valentina e Innis Wheelock se mostraron simpáticos y amables. Fingían tan bien y eran tan encantadores que nadie se dio cuenta de que todo era mentira. Escondían algo. Un terrible secreto.

Sí, se querían. Sí, eran una pareja fiel, pero su matrimonio distaba mucho de ser perfecto. Ocultaban cosas. No habían sido totalmente sinceros con los demás, ni con aquellos a los que supuestamente querían.

Sin embargo, había que reconocer que tenían su mérito. Innis había insistido en seguir con aquella conversación en su despacho; una oportunidad para airear cualquier rencilla o resentimiento sin que nadie más los viera. No pareció sorprendido por los sentimientos que afloraron. Era como si escuchara con satisfacción las feas explicaciones con las que intentó excusarse.

Innis respondió con su propia diatriba, con promesas de sacarlo todo a la luz pública y luchar por que al final se hiciera justicia.

Pero ¿fueron promesas... o amenazas? ¿A qué se refería cuando dijo que el mundo lo iba a saber?

Justo cuando se disponía a salir del despacho, otra amenaza potencial hizo aparición.

Eunice estaba de pie fuera, detrás de la puerta. Por la expresión de su rostro y su nerviosismo, era evidente que la doncella había estado escuchando.

Aunque tampoco era de extrañar que Eunice hiciera algo así. Cuando surgía la oportunidad de escuchar una conversación ajena, había que aprovecharla.

En Pentimento los cotillas se enteraban de cosas muy interesantes.



El coche avanzó lentamente por el camino de gravilla, detrás de otros vehículos que esperaban para dejar a sus pasajeros. Unos focos dirigidos a la casa alumbraban la fachada de estuco y los coloridos cristales de las ventanas decorados con coronas, mientras unas columnas corintias se alzaban a lo largo del amplio porche. Tejas de barro rojo cubrían el gran tejado. A un lado de la casa, se extendía un jardín de estilo europeo. Una copia de la famosa fuente de las Tortugas de Bernini de Roma decoraba su centro.

Valentina e Innis Wheelock recibían a sus invitados en la espaciosa entrada.

—¡Eliza! —El todavía hermoso rostro de Valentina se iluminó con una amplia sonrisa. Su pelo rubio estaba perfectamente peinado y recogido en un elegante moño italiano, y el maquillaje hacía que su piel pareciera suave y lozana, sus ojos más claros y de un azul más brillante. De sus lóbulos pendían unos pendientes de zafiro. Llevaba un sencillo pero bonito vestido de cóctel negro y sostenía una copa de Martini en la mano izquierda. Valentina tendió su mano derecha a Eliza y la atrajo hacia sí, la besó en las mejillas y luego rodeó sus hombros en un abrazo.

—Estoy muy contenta de que hayas venido, cielo —le dijo—. Estás impresionante.

Valentina era conocida por su tacto, diplomacia y un agudo sentido de lo que era apropiado en cada momento. Esas cualidades, sus años como jefa ejecutiva del Empire State, junto con jugosas donaciones y numerosas fiestas para recaudar fondos para la campaña electoral del actual presidente, hicieron que se ganase la embajada de Estados Unidos en Italia; la primera mujer en ocupar semejante puesto desde Clare Boothe Luce, durante la administración de Eisenhower.

—Mira quién ha venido, Innis —dijo Valentina, cogiendo a Eliza del brazo y guiándola hacia su marido—. Nuestra nueva vecina.

—Técnicamente, todavía no lo soy —dijo Eliza—. A partir del fin de semana que viene.

Eliza dio un paso atrás al ver el rostro de Innis Wheelock. Tenía la piel amarillenta y los ojos inyectados en sangre. Parecía mucho más viejo y delgado que la última vez que lo vio. Estaba en los huesos. Cuando Eliza estrechó su mano, sintió un ligero temblor.

—Me alegro de volver a verte, Eliza —dijo al inclinarse hacia delante para besarla en la mejilla—. Es estupendo que hayas venido.

—Gracias por haberme invitado —contestó, sonriendo—. Es la primera vez que voy a una fiesta en honor a un santo...

Innis esbozó una débil sonrisa.

—Si te soy sincero, a mí me pasa lo mismo —dijo—. Pero me pareció que era un momento inmejorable para reunir a todos mis amigos y honrar a un personaje que me ha cambiado la vida.

—Eso me lo tendrás que explicar con tranquilidad, Innis —dijo Eliza.

—Sí, me gustaría mucho —respondió solemnemente—. Quiero que lo comprendas. —Miró hacia la puerta y vio que aún llegaban invitados—. Pero ahora tendrás que perdonarme —dijo—. Luego me pondré al día contigo.

—Lo estoy deseando —contestó Eliza.

Mientras se alejaba, Valentina la llamó.

—Muchas gracias de nuevo, Eliza, por participar en nuestra fiesta de Special Olympics¹ del próximo domingo. Todo el mundo está encantado con que vayas.

—Será un placer —contestó—. Ya sabes que me gusta mucho apoyar ese tipo de causas.

Eliza avanzó hacia el salón principal donde se celebraba la fiesta preguntándose si Innis estaría enfermo. ¿A qué si no podría achacar la pérdida de peso, su mala cara y aquel temblor?

Se acercó a la barra y pidió un vaso de vino blanco. Mientras esperaba, contempló la enorme sala repleta de gente. La estancia estaba decorada con muebles antiguos repartidos por toda la habitación que contribuían a crear diferentes espacios. Los cuadros al óleo de las paredes estaban iluminados con candelabros de plata dispuestos sobre mesas de reluciente madera, mientras ramos de flores frescas alegraban jarrones y centros de porcelana. La pared posterior estaba hecha enteramente de cristal, desde el suelo hasta el techo, y revelaba una vista espectacular del lago Tuxedo.

—Gracias —dijo cuando el barman le ofreció su vaso de pinot gris.

—De nada, señora —contestó.

Eliza dio un sorbo mientras observaba a los invitados charlando en aquel impresionante lugar.

—¿Bonito, verdad? —murmuró.

¹ N. de la t.: Organización internacional creada para ayudar a las personas con discapacidades a través del entrenamiento y el deporte.

—Sí, desde luego.

—Supongo que irá a muchas fiestas como estas —dijo Eliza.

—Si considera que trabajar en ellas es «ir a las fiestas»... —contestó el barman con una sonrisa melancólica que mostraba un hueco entre los dos incisivos—. Trabajo en esta clase de eventos desde hace muchos años.

—¿Qué haces, Bill? —preguntó un hombre vestido con un traje oscuro que se acababa de acercar a la barra—. Ya sabes que no deberías darle la lata a esta encantadora señora.

Eliza se sintió incómoda de inmediato y por el color que apareció en las pálidas mejillas del barman, supo que él también estaba avergonzado.

—Era yo quien le daba la lata, no al revés.

—Vaya, soy Peter Nordstrut —dijo el hombre mientras le ofrecía la mano. Estrechó la suya con fuerza. Su rostro era un poco rechoncho y llevaba gafas de pasta. Las profundas patas de gallo y las arrugas que cruzaban su frente sugerían que pasaba mucho tiempo al sol, aunque el tono bronceado que quizá adquirió durante el verano ya había desaparecido. Tenía el pelo rubio con toques de gris. Eliza le echó unos cincuenta y tantos.

—Eliza Blake —dijo, devolviéndole el apretón de manos.

—Sí, lo sé. Es más, diría que todo el mundo en esta habitación sabe quién es usted.

La periodista sonrió educadamente.

—¿De qué conoce a los Wheelock? —preguntó.

—Del club —contestó Peter—. Intento enseñar a Innis a jugar al *court tennis*, pero me temo que es una causa perdida.

—¿No es esa la variedad de tenis a la que ya no juega nadie? —preguntó Eliza.

—Lo importante no es cuánta gente juegue, sino su categoría.

Dijo aquello con una sonrisa, pero Eliza se dio cuenta de que era un esnob impenitente.

—Esta clase de tenis, *real tennis*, *royal tennis* o *court tennis*, da igual cómo lo llamen, no es para las masas —prosiguió—. Tiene unas reglas demasiado complicadas, y solo hay treinta y cinco pistas en todo el mundo.

—¿Y una de ellas está en Tuxedo Park? —preguntó Eliza intentando mostrar interés.

Peter asintió con la cabeza.

—Y estaría encantado de mostrársela. Es más, venga un día al club y le enseñaré a jugar.

Eliza rió.

—Si Innis no consigue aprender, seguro que yo tampoco. —Miró al otro lado de la habitación—. Hablando del rey de Roma —dijo, esperando que no notara mucho el alivio que sentía—, por ahí viene Innis.

Tras unos minutos de charla intrascendente, Innis cogió a Eliza del brazo. —¿Nos perdonas, Peter? —preguntó—. Quiero presentar Eliza a algunos de nuestros invitados.

Y se la llevó.

—He venido a rescatarte —dijo mientras la guiaba a través de la multitud—. Peter Nordstrut es un estirado sabelotodo y espero que Dios me perdone por haber tenido tanto que ver con él en los últimos años. Como político no tiene precio, pero no se puede decir lo mismo como ser humano. Bueno, si no te importa, quiero hablar contigo a solas antes de compartirte con nadie más.

Eliza siguió a su anfitrión a través de las puertas francesas que daban al jardín lateral.

—Innis, solo tú tendrías una reproducción de la fuente de Bernini en el jardín —dijo Eliza mientras admiraba las pequeñas tortugas de bronce y extendía un brazo para acariciar una de sus conchas.

—Era uno de mis lugares favoritos de Roma —repuso—. Podía quedarme mirándola durante horas. Aunque me llevé una decepción al descubrir que quizá no fue Bernini quien diseñó la fuente, sino solo las tortugas.

El aire de la noche había refrescado e Innis le ofreció a Eliza su chaqueta.

—No, estoy bien, gracias —respondió. No le pareció que su amigo debiera arriesgarse a coger frío. Ofrecía un aspecto tan débil que quizá un fuerte resfriado le resultara fatal.

—¿De verdad, Eliza? —Innis parecía realmente preocupado—. Recuerdo que cuando nos amenazaron con secuestrar a Russell, siendo Valentina gobernadora, apenas podía concentrarse en nada.

—Intento no pensar mucho en ello —dijo Eliza—. Por eso he alquilado la cochera en Clubhouse Road. Janie y yo pasaremos allí los fines de semana. Parece un lugar seguro y tranquilo, como si nada malo pudiera ocurrir allí. —Luego negó con la cabeza—. Y bueno, aún hay gente que viene a nuestra casa en Ho-Ho-Kus para curiosear. Yo creía que a estas alturas ya se les habría olvidado.

—Lo que ocurrió fue horrible, Eliza. Dicen que el tiempo cura las heridas, ¿verdad? —preguntó pensativo—. Pero hay cosas que jamás se superan.

Eliza le dio tiempo para que prosiguiera.

—No es ningún secreto que he cambiado durante nuestra estancia en Italia —dijo Innis mientras rodeaban lentamente la fuente—. Valentina se ocupaba de los asuntos de la embajada en Roma y yo me dedicaba a dar largos paseos por la Ciudad Eterna y, más tarde, a hacer viajes por toda Italia. Pasé horas y horas en el Vaticano, bebiendo de la magnificencia de la capilla Sixtina y de los increíbles frescos de Miguel Ángel. —Innis agitó la cabeza maravillado—. Su majestuosidad está más allá de cualquier descripción. ¿Los has visto alguna vez?

—Sí, pero antes de que los restauraran. Tengo entendido que ahora sus colores son muy vivos y brillantes. Tengo que volver a Roma y verlos de nuevo.

—Sí, debes hacerlo, debes hacerlo —dijo Innis—. Te dejarán sin aliento. Hay tantas cosas impresionantes e increíbles que ver en Italia... Eso sin mencionar su exquisita gastronomía. Mejor no hablamos de su comida porque...

Eliza sonrió.

—En eso creo que estamos casi todos de acuerdo —repuso.

—Esta noche en el bufé habrá unos maravillosos *ravioli alla norcina* y *gnocchi* con crema de trufa negra. Tienes que probarlos.

—Lo haré —dijo, esperando que Innis dejara de dar rodeos.

Su anfitrión señaló un banco, y se sentaron. Mientras contemplaban el agua chapotear, Innis continuó:

—Después de la capilla Sixtina, descubrí otras iglesias en Roma. La basílica de Santa María la Mayor, donde se guarda el pesebre de Belén, y San Pablo Extramuros, donde está enterrado el apóstol, incluso Sant'Andrea della Valle, donde tiene el lugar el primer acto de la ópera *Tosca*, de Puccini. Luego viajé a Florencia y me enamoré del baptisterio y la desnuda belleza de la catedral de Orvieto. A medida que hacía todos estos descubrimientos, me sentía también cada vez más fascinado por el ceremonial y la historia de la Iglesia católica romana. Pero fue en el viaje a Asís, cuando esa fascinación alcanzó un nivel más profundo y personal. Al estudiar los frescos sobre la vida de san Francisco en la basílica, sentí una gran vergüenza...

Innis guardó silencio y bajó la vista hacia sus manos.

—¿Vergüenza de qué, Innis? —preguntó Eliza con delicadeza.

—De la vida que he llevado —contestó con la cabeza todavía inclinada hacia el pecho—. San Francisco fue un hombre de familia rica, un tipo destinado a heredar el negocio familiar y a disfrutar de una vida de lujo, alguien muy parecido a mí. Sin embargo, renunció a todo y tuvo una existencia sencilla, ayudando a sus congéneres. Después, creó una orden religiosa que ha ayudado a todavía más personas.

—Lo siento, pero no te veo vestido con una túnica casera y caminando por ahí descalzo —dijo Eliza, intentando quitarle hierro al asunto—. Ni tampoco en algún monasterio oscuro y sofocante, durmiendo en el suelo.

Innis sonrió un poco.

—No, ni yo. Y tampoco me gustan mucho los animales, aunque a san Francisco le encantaran. No creo que yo hubiese convencido al lobo para que no se comiera a los aldeanos.

—Había olvidado por completo esa historia —dijo Eliza sonriendo—. ¿Crees que es cierta?

Innis se encogió de hombros.

—¿Quién sabe? Pero lo esencial de la historia de su vida sí lo es. Fue un hombre que hizo cosas realmente importantes y ahora, al final de mi vida, quiero unirme a él de la forma más realista posible, saldar cuentas pasadas y salvaguardar el futuro.

Eliza no estaba segura de a qué se refería.

—Tú también has hecho cosas importantes, Innis —dijo.

Él la miró incrédulo.

—¿Cómo puedes decir eso? Sé sincera, ¿qué he hecho yo que sea admirable?

—No esperó a que respondiera—. Nada, no he conseguido nada, no he hecho ninguna buena obra...

Eliza lo interrumpió:

—Eso no es cierto. Has sido muy generoso en tus donaciones a muchas organizaciones de caridad.

—Cualquiera en mi posición es perfectamente capaz de firmar un cheque, Eliza. Pero ¿he hecho algo para mejorar la vida de alguien? Lo cierto es que a lo largo de mi existencia he herido, destrozado y arruinado a mucha gente. La política es un negocio sucio. Ahora sé que algunas de las cosas que hice para que Valentina saliera elegida gobernadora y que consideraba necesarias en aquel momento, en realidad solo obedecían a mi ambición. Pero ahora es demasiado tarde para dar marcha atrás.

—Innis, ¿por qué me cuentas todo esto? —preguntó Eliza.

—Porque sé cómo funciona mi mundo. Suceden cosas feas, cosas crueles, que jamás ven la luz. Y gente que debería pagar por sus actos, consigue salirse con la suya. Eso no está bien. Tú sabes que no está bien. A ti te preocupan estas cosas. Lo sé. —Su voz se quebró.

—¿De qué hablas?

—Ya lo verás, Eliza, ya lo verás —dijo mientras se ponía de pie—. Y sé que harás lo que tienes que hacer. Estás temblando, cielo. Volvamos dentro y unámonos a la fiesta.



—Ahí lo tiene, señor —dijo Bill O'Shaughnessy mientras le servía el vodka—. Salud.

El invitado cogió la copa y se alejó sin decir una palabra al barman. Al no tener a nadie más a quien servir, Bill cortó en rodajas otra lima. Se limpió las manos, alzó la vista y vio a Innis Wheelock entrar del jardín con aquella mujer del programa de televisión.

Menuda fiesta. Los Wheelock habían invitado a un montón de gente de la zona, además de a muchas otras personas procedentes de Manhattan. En realidad no entendía a qué se debía aquella celebración; no sabía de nadie que hubiera organizado una fiesta en honor a un santo. Pero en lo que a Bill respectaba, los ricos estaban hechos de otra pasta. A lo largo de los años fue testigo de cómo los ricos intentaban superar a otros sacándose de la manga temáticas nuevas para sus fiestas. Pero tenía que admitir que los Wheelock habían sido los más originales.

Bill se inclinó tras la barra para abrir otra bolsa de hielo. Cuando se incorporó de nuevo, Valentina Wheelock lo estaba esperando. Bill supuso que debía de tener unos sesenta años, pero aún estaba estupenda. La verdad es que a él siempre se lo parecería. Para Bill, sus arrugas no mermaban su gran belleza.

—¿Qué tal vamos? —preguntó—. ¿Todo el mundo lo pasa bien?

—Sí, señora —contestó.

—¿Tenemos bastante de todo?

Bill asintió.

—Sí, señora, creo que sí.

—Bien —dijo Valentina. Se dio media vuelta y echó un vistazo a la habitación—. Bonita fiesta, ¿verdad, Bill?

—Muy bonita, señora Wheelock.

—¿Crees que san Francisco la aprobaría?

Bill creyó que debía meditar con cuidado la respuesta. Nunca sabías cómo podía reaccionar esta gente. Bromear quizá no fuera lo más adecuado, porque

muchas de las personas para las que trabajaba no tenían mucho sentido del humor. Bill sabía que no lo consideraban de su mismo nivel social y que las bromas, las críticas o cualquier tipo de trato familiar, por lo general no eran bien recibidos. Lo habían contratado para ayudar al servicio y su obligación era ser respetuoso y servir las bebidas.

—No le sabría decir, señora Wheelock —contestó Bill mientras sentía que se ponía rojo.

—Vamos Bill, claro que sí —le conminó Valentina—. No vas a herir mis sentimientos. Esto ha sido idea de Innis, yo le seguí la corriente para que estuviera contento. Venga, sé sincero y dime qué te parece.

A Bill no le gustó que hiciera eso, que lo presionara, bromeara con él y le pidiera una respuesta. Pero siempre fue así. Recordó la primera vez que la vio cuando entró en el club Black Tie un mes de octubre de hace casi treinta años.

El baile de Otoño siempre se celebraba el tercer sábado de octubre. Según una leyenda, en el primer baile de Otoño de 1886, el nieto de Pierre Lorillard y varios amigos aparecieron en la fiesta con los fracs cortados por detrás, creando así, sin saberlo, el esmoquin. La presentación de las debutantes en el baile de Otoño señaló, durante décadas, el comienzo de la temporada de eventos sociales en Nueva York.

Hace treinta años, Bill era nuevo en el club. Su padre, que se había ganado la vida como jardinero allí también, fue quien le consiguió el trabajo. Aún recordaba lo nervioso que estaba. En realidad nunca llegó a sentirse cómodo, tenía la sensación de estar fuera de lugar. Y así era. Solo podía observar a la gente de Tuxedo Park y maravillarse ante aquel mundo.

Pero no fueron las jovencitas debutantes de su edad, con sus vaporosos vestidos blancos, las que llamaron la atención de Bill, sino una mujer quince años mayor que él. Cuando Valentina entró del brazo de Innis Wheelock, Bill, al igual que todos los hombres de la sala, la miraron a ella con admiración y a él con envidia. Cuando salió a la pista de baile con su vestido azul, su larga melena rubia suelta, a Bill, que la miraba a hurtadillas mientras servía la comida y apartaba los platos, le pareció que Valentina se movía como si ella y la música fueran una. Después se puso a charlar con los demás invitados, con seguridad y clase.

Bill, increíblemente inseguro, había querido desaparecer bajo una de las mesas cubiertas por damasco cuando derramó unas gotas de vino sobre la manga del vestido de Valentina. Ella se dio cuenta de inmediato, aunque para el resto de los sentados a su mesa ese detalle pasara inadvertido. En lugar de hacer algún comentario, simplemente lo miró, le guiñó un ojo y cubrió la mancha con su servilleta. Fue en ese momento, rojo como un tomate, cuando se enamoró de ella.

Después, Valentina lo llamó aparte.

—No te preocupes por el vestido —dijo—. Estas cosas pasan.

—Gracias, señora. Lo siento mucho, de verdad. ¿Quiere que me encargue de limpiarlo?

Valentina sonrió.

—Eso no será necesario.

—Le agradezco mucho que no dijera nada al resto de comensales ni a mi jefe.

Ella miró a su mesa.

—No se lo habrían tomado muy bien, ¿verdad?

Bill negó con la cabeza.

—No, y necesito este trabajo.

—¿Estudias y trabajas al mismo tiempo? —preguntó.

—No —dijo Bill sonrojándose de nuevo.

Valentina lo entendió al momento.

—Pues quizá deberías pensar en estudiar también. La universidad puede suponer un gran cambio en la vida de cualquiera.

Bill la observó atravesar la sala y en aquel instante se sintió capaz de conseguir casi cualquier cosa. Durante una o dos semanas después, pensó seriamente en el consejo de Valentina, pero antes de hablar del tema con su familia, su padre tuvo un grave ataque al corazón. Aquel fue el final del breve flirteo de Bill con la educación superior, pero su fascinación por Valentina continuó.

Valentina tenía ángel. Aunque nunca tuvo que hacer frente a una hipoteca, ni le quitó el sueño el pago de los impuestos ni el recibo de la luz, tenía el don de hacer sentir a la gente que entendía sus problemas, que comprendía su dolor y que compartía sus mismos sueños. Bill sabía que el mismo presidente de Estados Unidos había sucumbido al encanto de Valentina Wheelock.

—¿Bill? —Los ojos azules de Valentina miraban directamente a los suyos.

—¿Sí, señora?

—No has contestado a mi pregunta. ¿Crees que san Francisco aprobaría esta fiesta?

Acorralado, Bill contestó:

—No sé mucho de ese santo, pero por lo que recuerdo de las clases de religión, él era partidario de la vida sencilla. —Se encogió de hombros—. Dudo que el champán, el caviar o el *filet mignon* formaran parte de su dieta.

Valentina rió.

—Por eso siempre me has caído bien, Bill. Tienes una forma muy delicada de dar en el clavo. En este caso es evidente que san Francisco es una mala excusa para dar una fiesta. Pero Innis se ha empeñado y ha estado tan serio y taciturno desde que volvimos de Italia que me sentí muy aliviada cuando me dijo que quería celebrar una fiesta, aunque fuera en honor de un hombre que lleva muerto casi ochocientos años.